

La cultura de lo cotidiano. Estudio sociocultural de la ciudad de Lugo

Carmen Lamela Viera
Madrid, Ediciones Akal, 1998.

Un dicho popular insiste en que «para conocer España hay que ir a Lugo». Bajo esta sentencia se esconde una doble realidad: por un lado, estamos ante una de esas ciudades que es como todas las demás de su tamaño, reflejo de una estructura social más amplia, característica de la cultura de las ciudades medias españolas. Por otro, rompe con los esquemas preconcebidos de la España de los tópicos habituales y la complementa precisamente por su especificidad y peculiaridad. Efectivamente, Lugo ha sufrido todos los procesos de transformación y cambio propios de las ciudades medias, pero tiene un pasado biográfico *sui generis* que la lleva desde un esplendoroso origen romano, pasando por un titubeante y largo medievo, hasta su reciente resurgir como agrocuidad con un componente muy importante de servicios. Lugo bien merece una reflexión no sólo para el interesado en ella, sino para la comprensión más amplia de la sociedad española contemporánea.

Cualquier estudio sobre un hábitat espacial determinado tiene una lectura y unos centros de atención múltiples. En ocasiones, se nos presentan aspectos de la economía urbana, en otros, los estrictamente urbanísticos o los referidos a su estructura ocupacional o demográfica, pero, uno de los menos habituales es precisamente el que aquí nos expone la autora: la ciudad desde la perspectiva humana, con sus relaciones de sociabilidad y las conversaciones y esquemas de valores que las integran. Su ámbito disciplinar puede remitirse tanto a la *sociología de la cultura urbana* como al de la *antropología de la sociedad urbana*. De las dos maneras se puede

resumir el enfoque con el que la profesora Lamela nos introduce en su objeto de estudio. Lo hace, además, con un peculiar dominio de las técnicas narrativas, con una habilidad especial para despertar el interés por lo cotidiano, por esas pequeñas cosas que esconden las claves que explican nuestras formas de ser y obrar. No duda en recurrir a la sabiduría del refranero, a las formas coloquiales, a la descripción de los elementos básicos del escenario humano en el que se desarrollan los acontecimientos. Quizá sea eso lo que convierte a este trabajo en una obra «honda y bella», tal como María Catedra la califica en el prólogo.

El prólogo bien podría ser una coda para el final, pues en él se descubren algunos de los interrogantes que el lector va construyendo según avanza por el interior de sus páginas. Efectivamente, ahí se desvela el por qué del posicionamiento tan envidiable de la observadora: ajena a la ciudad, llega a ella como si siempre estuviese viviendo allí. Algo que se explica por su propia biografía personal. Un *background* cosmopolita en el que entran elementos de Galicia, Latinoamérica, USA y Madrid. Bagaje que le permite situarse en esa posición óptima desde la que se puede obtener el máximo de información en una investigación de este tipo. Pero aunque la componente metodológica fundamental es de tipo antropológico, no se agota en ello. La observación y las entrevistas son auxiliadas con las fuentes estadísticas y documentales secundarias, la planimetría y las disciplinas emparentadas.

El libro se estructura en ocho capítulos en los que se van desgranando los diferentes aspectos que permiten conocer con cierto detalle la cosmología cultural en la que se recrea la red de relaciones sociales que se entrelazan en una ciudad como la estudiada. Pero esa secuencia de capítulos parece responder a una estructura más profunda, basada en una serie, lógica y lineal, compuesta por cinco niveles de desarrollo, inclusivos, de su presentación de Lugo. En primer lugar, nos introduce en el contexto en el que se ubica la ciudad, tanto como espacio físico como en la identificación simbólica del mismo. A continuación desentraña los elementos principales que organizan las relaciones sociales en una sociedad contemporánea, los cuales, ineludiblemente, pasan por descubrir su estructura de mercado, incluyendo tanto los aspectos ocupacionales como de consumo. Posteriormente, da un paso más para adentrarse en las relaciones interpersonales que se producen en ese marco y se sumerge en las redes de sociabilidad, con sus diversas manifestaciones: como clientelismo, vecindad y amistad. Seguidamente, se centra en las formas de obtención de información sobre esa red, entre las que se destaca, y de forma desmitificadora, el uso del cotilleo. Por último, resalta un aspecto disfuncional de la sociabilidad: la violencia.

El capítulo primero sirve, por tanto, de marco introductorio para conocer globalmente el espacio social estudiado. La presentación de la ciudad sobrepasa a la de su conformación morfológica para referirse a los aspectos contextuales, que nos la descubren desde una perspectiva histórica y localizada, tanto geográfica como culturalmente. De ello resulta una concepción de Lugo como referente identitario, construido por oposición a su entorno rural, del que se ha nutrido de efectivos poblacionales especialmente a lo largo del presente siglo. Los antiguos residentes, aún con una manifiesta actitud abierta y lejos de las posturas xenóforas, mantendrán su origen como seña diferenciadora y portadora de cierto status de prestigio, implícito tanto en su discurso como en otros elementos externos, entre los que se destacarán los vínculos interpersonales. Pero la ciudad es el conjunto de todo ello y la referencia común a la misma se hará por la adición y elaboración de esos ingredientes para convertirla en un *pueblo grande*, en donde el desprecio al paleta pueblerino se aplica de forma reflexiva hacia sí misma, derivando en cierto complejo de inferioridad con respecto a otras ciudades españolas más urbécolas.

El segundo bloque viene conformado por la ciudad como mercado tanto de trabajo como de consumo. Ambos suponen sendos pilares para explicar la heterogeneidad en la que se apoya la diferenciación de lo urbano y lo rural. La ciudad viene así definida, en parte, por la diversidad ocupacional. El desempeño de una determinada actividad servirá, además, de etiqueta identificadora, tras la que se descubre un sistema de *status* colectivos, apoyados en valores no sólo de tipo ganancial, sino, sobre todo, de estabilidad, de posibilidades de ocio y de reforzamiento de la identidad. La consecución de un buen puesto de trabajo no aparece como producto exclusivo del esfuerzo personal, sino del establecimiento de la adecuada red de relaciones personales y de algo que la autora resume bajo el concepto de suerte, como explicación y forma de legitimación de lo imprevisible.

La concepción implícita de las estructura jerárquica de las relaciones laborales presentada en la obra, se aproxima a la perspectiva weberiana. Esto puede ilustrarse con su interés por el mercado de consumo como factor explicativo del sistema de estratificación social, aunque aquí presentado como una transformación del capital económico en cultural, en sintonía con la perspectiva genealógica de Bourdieu y de la antropología del consumo de, por ejemplo, Appadurai. La ciudad representa una área de alta densidad de consumo, tanto el externalizable (público) como íntimo (privado). Ese consumo se decide en un continuo juego entre la apariencia de lujo y el ahorro. El primero encardinado

principalmente a la esfera de lo público y, el segundo, a la de lo privado.

El tercer bloque se centra en la sociabilidad de sus habitantes. El nexo de unión con el mercado lo constituye su estudio del clientelismo, tan en boga en toda la sociedad española contemporánea. Se trata de una forma de ampliar la accesibilidad característica del consumo y de mostrar el lujo en esfera pública. Una inversión para obtener determinados servicios o determinada calidad en los mismos, pero ajena a la lógica del mercantilismo clásico. Otras formas de sociabilidad se remiten al plano estrictamente de ocio (pasear, ir de vinos o de copas, las meriendas, ...). Expresiones de las relaciones sociales que se generan en una ciudad como ésta y que tienen peculiares extensiones en otros eventos como los mercados, las bodas o los funerales. Esos serán los ámbitos para extender los vínculos, reafirmarlos y medirlos. Algo que requiere tiempo, lo que se asumirá como una inversión, y que conllevará la asunción de ciertos cánones y pautas culturales, como los regalos o la aceptación del control social.

El siguiente bloque lo compone el material del discurso coloquial: la conversación cotidiana. Ésta girará esencialmente sobre la gente conocida, con nombres propios, con un claro interés sociocéntrico. Sobre ello, la profesora Lamela recoge una forma discursiva particular, cual es la del cotilleo, e ilustra sus funciones y características. El tratamiento revierte a la idea expuesta de que se trata de una *antropología de la sociedad urbana*, al señalar cuál es la valoración instrumental de la amistad y de las distintas formas de sociabilidad, en general.

Finalmente, hace una breve referencia al fenómeno de la violencia y a su concepción sociocultural. Ésta parece ser un fenómeno asociado a las urbes y con un grado de correlación positivo entre inseguridad ciudadana y tamaño poblacional. Pero Lugo es percibido como un «pueblo grande», ajeno a esa problemática y ello, precisamente, porque la violencia mayormente temida es la anónima, difícil de mantener como tal en una ciudad de estas dimensiones y con este tipo de relaciones sociales. Además, la permisividad y aceptación tanto de personas con carácter violento como de situaciones que podrían etiquetarse como tales, desmitifica, por un lado el fenómeno y, por otro, refuerza la especificidad identitaria del Lugo a caballo entre el pueblo y la ciudad.

La obra muestra así un hilo conductor en el proceso de diferenciación y definición de lo urbano y lo rural. El residente en Lugo de toda la vida se opone al recién llegado, que, salvo una clase de burócratas y profesionales que ocupan los escalafones más elevados de la escala social, serán estereotipados de pueblerinos y aldeanos. Sobre cada

grupo aparecerán una serie de características socio-culturales, que se manifestarán en modos concretos de actuar y, en suma, de estilos de vida. Sobre ellos operan los procesos de segregación espacial en los diferentes espacios de socialización y, sobre todo, serán discernibles por las distintas redes de relaciones sociales que serán capaces de mantener.

Quizá se echa de menos aquí la componente lingüística, en la que el uso del idioma gallego supone un factor de discriminación de la identidad urbanorural y que conlleva componentes mucho más profundos. Así mismo, la construcción diferenciada del lugués urbano se conecta con los valores tipificados de toda la cultura gallega, por oposición a la española. El paleta de pueblo gallego no es como el de sus ciudades de otras partes del estado, que también se han nutrido de efectivos rurales, pero sin las señas de identidad del que tienen en su tierra.

El otro gran hilo conductor es el estudio de las redes sociales. La ciudad aparece así profundamente humanizada, configurada por un tupido entramado de relaciones personales que interfieren en todas las funciones que se desarrollan en el quehacer co-

tidiano. El trabajo, el consumo, el ocio o la violencia son analizados desde esa perspectiva: como ámbitos de una misma y única realidad: la vida de una comunidad. Sobre ella se erigen estructuralmente esas redes, generando vínculos y conflictos, que son el meollo analizado página a página en esta obra.

Por todo ello, este estudio sociocultural de la ciudad de Lugo no sólo supone una contribución al conocimiento etnográfico del hábitat en el que permanece acotado, sino que representa un instrumento analítico especialmente útil para el estudio de la Estructura Social de España y de Galicia. Es útil tanto a antropólogos como a sociólogos; enriquecedor tanto a quienes buscan una contribución teórica como a los interesados en la pureza, rigor e innovación metodológica; tanto al científico como a todo un amplio público ávido de conocer su entorno, gracias al depurado y ameno estilo, que sin eludir las referencias teóricas que sustentan la investigación, no constituye el epicentro en torno al que gira la exposición. En fin, una obra honda y bella.

Manuel García Docampo